

nen razón de ser. Las mujeres necesitan conmoverse, los pensadores aprender y la multitud divertirse. De esta evidencia se deduce la ley que debe regir al drama. En efecto, el objeto del drama, esto es, de la barrera que separa el teatro del mundo real y del mundo ideal, es crear y dar vida, combinando las condiciones del arte y las de la naturaleza á los caracteres, es decir, á los hombres; poner en juego pasiones que desarrollan éstos y que modifican aquellas, y del choque de estos caracteres y de estas pasiones con las leyes providenciales, hacer salir la vida humana, es decir, los acontecimientos grandes ó pequeños, dolorosos, cómicos ó terribles, que producen en el corazón el placer que se llama interés y en el pensamiento la lección que se llama moral. El drama saca de la tragedia la pintura de las pasiones y de la comedia la pintura de los caracteres. El drama es la tercera gran forma del arte que comprende, encierra y fecunda las dos primeras. Corneille y Moliere existirían independientes el uno del otro si Shakespeare no estuviera entre ellos, dando á Corneille la mano izquierda y á Moliere la derecha. De esta manera las dos electricidades opuestas de la comedia y de la tragedia se encuentran, y la chispa que producen es el drama.

Solo podemos poner al frente de este libro algunas líneas, y nos falta espacio para desarrollarlas convenientemente. Por lo que se nos debe permitir pasar desde las ideas generales que acabamos de exponer á las ideas particulares del drama RUY BLAS, que pueden llamar la atención de pensadores reflexivos.

Tomando por una de sus partes la cuestión, esto es, bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, vamos á explicar el sentido de este drama.

En el momento en que vá á derrumbarse una monarquía se observan varios fenómenos. En primer lugar la nobleza tiende á disolverse; ved aquí de qué manera:

La monarquía vacila, la dinastía se extingue, las leyes caen en desuso; se rompe la unidad política á fuerza de tirar de ella, la intriga degenera y se envilece la alta sociedad; cunde por todas partes mortal desaliento, se derrumba lo grande y queda en pié lo pequeño; los negocios públicos presentan un estado lastimoso; no hay policía, ni ejército, ni hacienda; todo el mundo prevé el cercano fin de la situación. Preocupa á todos los espíritus el tedio del día an-

terior, el temor del día siguiente, la desconfianza de los hombres, el descorazonamiento y el disgusto profundo. Localizada en la cabeza del Estado la enfermedad que lo consume, la nobleza que está más inmediata á él es la primera que se resiente. ¿Qué la sucede entonces? La parte de gentiles-hombres menos honrada y menos generosa permanece en la corte, en la que, al ver á la patria próxima á hundirse, se apresura á enriquecerse, aprovechándose de las circunstancias; no piensa más que en su propio engrandecimiento á costa del infortunado país. Todos quieren ser cortesanos ó ministros, todos quieren ser poderosos y felices; los mayores talentos se depravan por hacer fortuna. Las órdenes del Estado y los destinos se toman como por asalto; no se vive más que para la ambición y para la concupiscencia, y como esta clase de vida, que se encarniza en las vanidades y en los goces del orgullo, hace olvidar todos los sentimientos, el que la lleva llega á ser feroz; cuando llega para esa clase de cortesanos el día de la desgracia, algo monstruoso se desarrolla en ellos, y el hombre entonces se convierte en demonio.

La restante parte de la nobleza, la mejor nacida, la más sana, sigue otro rumbo; se retira á sus palacios, á sus castillos y señoríos, aborreciendo los asuntos públicos, ya que no puede remediar el daño, y trata de aturdirse entregándose á la vida disipada, deseando aprovechar el poco tiempo que le queda de vida. El noble aumenta su servidumbre, compra caballos y enriquece á sus damas, dá festines, disipa su patrimonio, acude á pedir prestado á los usureros, y se arruina antes de que caiga la monarquía. Arruinado el noble, le abandonan todos, menos sus acreedores; se convierte en vagabundo, en espadachin y en aventurero. Se confunde y desaparece entre la muchedumbre, que hasta entonces solo vió hormigueando de lejos á sus piés, y se refugia en ella. A falta de dinero, le queda el sol, que es el tesoro de los pobres. Hasta entonces habitó en la cúspide de la sociedad, y desde entonces tiene que vivir en la sima; se conforma á esto y se burla de sus parientes ambiciosos que gozan del poder y de las riquezas, convirtiéndose en filósofo, y compara los cortesanos á los ladrones. Pero siempre conserva cierto fondo de bondad, de valor, de lealtad y de inteligencia; viene á ser una mezcla de poeta, de príncipe y

de pordiosero; se rie de todo, hace que apaleen sus camaradas, como antes apaleaban sus criados, á los agentes de policía, pero sin intervenir en ello, y sus modales ostentan el descaro de un marqués y la impudencia de un gitano, presentándose con un exterior repulsivo, pero con interior generoso, sin conservar de su antiguo estado más que el pundonor, el nombre que oculta y la espada que enseña.

Si alguna vez la historia de las monarquías, en momentos dados, presenta este doble cuadro que acabamos de describir, indudablemente lo presentó la monarquía española á fines del siglo diez y siete. El autor ha intentado personificar en D. Salustio la mitad de la nobleza de aquella época y la otra mitad en D. César; en dos primos, como le convenia al desarrollo de su plan.

En el croquis que acabamos de trazar de la nobleza española de 1695, no vacilamos en afirmar que hubo raras y respetables excepciones.

Al examinar la monarquía en la referida época, por debajo de la nobleza, dividida, como acabamos de decir, y que puede personificarse bien en D. Salustio y en D. César, se mueve y se agita en la oscuridad algo grande, sombrío y desconocido: el pueblo. El pueblo, que poseerá el porvenir, pero que no posee el presente; el pueblo, huérfano, pobre, inteligente y fuerte, colocado muy bajo y aspirando á estar muy alto, manifestando las señales de la servidumbre en la espalda y en el corazón las premeditaciones del genio; el pueblo, criado de los grandes señores y enamorado en medio de su abyección de la única figura que en el desquiciamiento de la sociedad que se hunde representa para él radiante la autoridad, la caridad y la fecundidad; el pueblo, personificado en esta obra en RUY BLAS.

Sobre estos tres personajes, que, considerados de este modo, harán revivir á los ojos de los espectadores tres hechos, y en estos tres hechos toda la monarquía de España en el siglo diez y siete; sobre estos tres hombres se cierne una criatura pura y luminosa, una mujer, una reina. Desgraciada como mujer, porque es casada y vive como si no tuviera marido; desgraciada como reina, porque vive como si no tuviera rey; inclinada á sus súbditos por compasión régia y por su instinto y sensibilidad de mujer, dirige la vista hácia abajo, mientras RUY

BLAS, ó sea el pueblo, dirige la vista hácia arriba.

En el concepto del autor, y sin perjuicio de lo que los personajes de segundo orden puedan contribuir á la verdad del conjunto, esas cuatro figuras, agrupadas como están en el drama, representan lo más sobresaliente que encuentra el historiador filósofo en la monarquía española de dicha época. A esos cuatro personajes puede añadirse un quinto personaje; el rey Carlos II; pero en la historia, lo mismo que en el drama, Carlos II no es una figura, sino la sombra de una figura.

Después de esto solo nos resta añadir que lo que acabamos de exponer no es la explicación completa del RUY BLAS, sino uno de sus aspectos. Es la impresión particular que dejaría el drama, si valiera la pena de ser estudiado, en los hombres graves y concienzudos que le examinasen bajo el punto de vista de la filosofía de la historia.

Pero por insignificante que sea esta obra, como otras muchas, presenta diversos aspectos y puede examinarse en distintos sentidos. Descendiendo de su punto de vista más elevado á otro más insignificante, el drama cuyo sentido histórico acabamos de indicar puede considerarse bajo el aspecto puramente humano. Considerado así, D. Salustio es la representación absoluta del egoísmo, del hombre inquieto y sin reposo; y por el contrario, D. César representa el desinterés y el descuido; y se verá en RUY BLAS que la sociedad le comprime el genio y la pasión, y que se levanta á tanta mayor altura cuanto con más violencia los comprime, y, en fin, se verá en la reina que representa la virtud mimada por el fastidio.

Considerado el drama bajo el punto de vista estrictamente literario, RUY BLAS cambia otra vez de aspecto; puede decirse que en él están representadas y reasumidas las tres formas soberanas del arte: el drama en D. Salustio, la comedia en D. César y la tragedia en Ruy Blas. El drama liga el argumento, la comedia lo enreda y la tragedia lo desenlaza. Estos tres aspectos son verdaderos, pero ninguno de ellos es completo; la verdad absoluta solo se encuentra en el conjunto de la obra. El poeta habrá conseguido su objeto si cada cual encuentra en el drama lo que busca. El objeto filosófico de RUY BLAS es presentar el pueblo aspirando á subir á las regiones elevadas; el objeto humano es presentar un hom-

bre enamorado de una mujer, y el objeto dramático es presentar á un lacayo enamorado de una reina.

Quizás la muchedumbre no verá en RUY BLAS más que este último objeto, el objeto dramático, y quizás tenga razón.

Lo que acabamos de decir de esta obra es evidente que puede decirse de muchas. Las obras venerables de los maestros ofrecen de notable que presentan muchos más aspectos que estudiar que las obras inferiores. Tartuffe hace reír á unos y temblar á otros. Tartuffe ya es la serpiente doméstica, ya es el hipócrita, ó ya es la hipocresía: puede tomársele como á un hombre ó como á una idea. Otelo, para unos es un negro que ama á una blanca; para algunos es un muerto de hambre que se casa con una patricia; para otros es un celoso, y para muchos representa los celos: esta diversidad de aspectos no quita valor á la unidad fundamental de la composición; son multitud de ramas que nacen de un tronco único.

Si el autor insiste en la significación histórica de RUY BLAS, es porque, solo por el sentido histórico, se parece algo á *Hernani*. El hecho de la nobleza se presenta como en *Hernani* en RUY BLAS, al lado del hecho de la monarquía; pero en el primero, como aun no se ha entronizado la monarquía absoluta, la nobleza lucha todavía contra el rey con su orgullo y con su espada, siendo medio feudal y medio rebelde. En 1519 los señores viven lejos de la corte, en la mon-

taña, siendo bandidos como *Hernani* ó patriarcas como Ruy Gomez. Doscientos años más tarde renace la misma cuestión, pero los vasallos se han convertido ya en cortesanos, y si el señor siente todavía la necesidad de ocultar su nombre no es para huir de la cólera del rey, es para huir de los acreedores, y entonces no se convierte en bandido, sino en bohemio, y se comprende que el gobierno absoluto ha oprimido durante largos años las cabezas nobles, inclinando al suelo las unas y destrozando las otras. Además, para terminar, diremos que entre *Hernani* y RUY BLAS han mediado dos siglos en España, dos grandes siglos, durante los que ha cabido la gloria á los descendientes de Carlos V de dominar el mundo; dos siglos que la Providencia no quiso alargar ni una hora más, haciendo nacer á Carlos V en 1500 y morir á Carlos II en 1700. En 1700 Luis XIV heredó á Carlos V, como en 1800 Napoleon heredó á Luis XIV. Estas grandes apariciones de dinastías, que iluminan en momentos dados la historia, son, para el autor de este libro, hermoso y melancólico espectáculo, en el que fija las miradas con frecuencia, tratando muchas veces de transportar á sus obras algo de ese espectáculo. Por eso llenó á *Hernani* con las luces brillantes de una aurora y cubre á RUY BLAS con la claridad vaga del crepúsculo. En *Hernani* sale el sol de la casa de Austria, y en RUY BLAS se pone.

Paris 25 Noviembre 1838.

# RUY BLAS.

## PERSONAJES.

RUY BLAS.  
DON SALUSTIO DE BAZAN.  
DON CÉSAR DE BAZAN.  
DON GURITÁN.  
EL CONDE DE CAMPOREAL.  
EL MARQUÉS DE SANTA-CRUZ.  
EL MARQUÉS DEL BASTO.  
EL CONDE DE ALBA.  
EL MARQUÉS DE PRIEGO,  
DON MANUEL ARIAS.

GOVADONGA.  
GUDIEL.  
DOÑA MARÍA NEUBOURG, reina de España.  
LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.  
CASILDA.  
UNA DUEÑA. — UN LACAYO. — UN ALCALDE. — UN UJIER. — UN ALGUACIL. — UN PAJE. — DAMAS. — SEÑORES. — CONSEJEROS. — PAJES. — DUEÑAS. — ALGUACILES. — GUARDIAS Y UJIERES.

Madrid 169...

## ACTO PRIMERO

### Don Salustio.

El salon de *Dante* en el palacio real de Madrid, amueblado magníficamente, según el gusto flamenco del tiempo de Felipe IV. A la izquierda una ventana grande que se abre con bastidor dorado, y á cada lado una puerta de comunicación con las habitaciones interiores. Grandes y doradas vidrieras en el fondo, y una puerta vidriera, también dorada, que se abre sobre una larga galería. Esta galería, que atraviesa todo el teatro, está oculta por grandes cortinajes, que se corren de arriba á bajo por detrás de las vidrieras. Una mesa con utensilios para escribir y un sillón. D. SALUSTIO entra por la puerta pequeña de la izquierda, seguido de RUY BLAS y de GUDIEL: este último trae una caja y algunos lios, como preparativos de viaje. D. SALUSTIO viste de terciopelo negro, que era el traje de corte del tiempo de Carlos II; lleva el collar de la orden del Toison de Oro y ferruero de terciopelo verde claro, bordado de raso negro, espada larga con ancha empuñadura y sombrero con plumas. GUDIEL viste también de negro y lleva espada. RUY BLAS lleva librea de lacayo, calzones y justillo de color oscuro y capote con galones de oro; vá sin espada y con la cabeza descubierta.

### ESCENA PRIMERA.

D. SALUSTIO, GUDIEL, en seguida RUY BLAS.

SALUSTIO. Ruy Blas, cierra esa puerta y abre la ventana.

RUY BLAS obedece; D. SALUSTIO le hace una señal y sale por la puerta del fondo; D. SALUSTIO se asoma á la ventana.

Aquí duermen aun todos. Vá á amanecer.

Volviéndose bruscamente hácia GUDIEL.

Esta impensada desgracia acaba de repente con mi poder; Gudiel, me han despedido, me han desterrado, me despojan en un dia de toda mi grandeza. Mi caída es un secreto aun; no lo descubras. ¿Cómo habia yo de imaginar que por un devaneo con una camarera hubiera de sucederme esto? Por seducir á una doncella que vino con la reina de Neubourg y que pertenece á su servidumbre, y que ha presentado al rey el fruto ilícito de estos amores, el rey me mandó tomarla por esposa, y porque yo me negué, me destierra. Me destierran, Gudiel, despues de pasar veinte años de trabajos y de afanes, cuando mi nombre infundia espanto á los alcaldes de la corte, y veo mi representación, mi poder y mis ilusiones desvanecerse en un instante como el humo y desplomarse el edificio que en veinte años construyó mi ambición, entre los sarcasmos de la multitud.

GUDIEL. Nadie lo sabe aun, señor.

SAL. Pero lo sabrán mañana... Entonces ya no estaremos aquí; quiero

desaparecer, no quiero que vean que caigo. Voy á construir una contramina profunda y subterránea... ¡Desterrarme á mí!

GUD. De dónde ha venido ese golpe?

SAL. De la reina; pero me vengaré, me vengaré. Soy tu discípulo Gudiel; por espacio de veinte años me has ayudado y servido en todo; sabes cómo desenvuelvo mis planes en la oscuridad y en el misterio, y que, como hábil arquitecto, de una ojeada penetro en la profundidad de la sima que yo abro. Me voy á mis posesiones y allí fraguaré un plan... Todo por una mujer! Haz los preparativos para el viaje, porque tengo prisa de partir; mientras, quiero hablar al bribon que tú sabes, porque creo que podrá serme útil. Hasta la noche mando todavía aquí... Te repito que me vengaré, y aunque no sé cómo, quiero que mi venganza sea ruidosa. Apresúrate á prepararlo todo para el viaje; vendrás conmigo. Silencio y vete.

GUDIEL saluda y se vá.

Ruy Blas!

RUY BLAS. (Presentándose á la puerta del foro.) Me llama vuestra excelencia?

SAL. Voy á abandonar este palacio y es menester que cierres todas las puertas y que dejes las llaves puestas.

RUY. Está bien.

SAL. Dentro de un instante pasará la reina por esta galería para ir á oír misa á su cámara de honor; vuelve en seguida, porque quiero que estés aquí cuando pase.

RUY. Estaré.

SAL. (Asomado á la ventana.) ¿Ves en la plaza un hombre que enseña un papel á los soldados de la guardia? Baja y dile que puede subir por la escalera angosta. Antes de separarnos, observa en esta cámara si se han despertado ya los tres alguaciles que están de servicio.

RUY BLAS entreabre la puertecilla de la derecha, asoma por ella la cabeza y vuelve.

RUY. Duermen, señor.

SAL. Habla en voz baja y no te alejes, porque te necesito; cuida entre tanto de que no entre ningun importuno.

Sale D. CÉSAR DE BAZAN con sombrero viejo, con capa andrajosa, con medias rotas y zapatos agujereados. Al entrar se encuentra con RUY BLAS y ambos se miran con sorpresa.

SAL. (Se han sorprendido al verse! Se conocerán?)

RUY BLAS se vá.

## ESCENA II.

D. SALUSTIO Y D. CÉSAR.

SAL. Conque estás aquí, bandido?

CÉSAR. Primo mio, aquí estoy.

SAL. Es para mí una satisfacción verte tan andrajoso.

CÉSAR. Muchas gracias...

SAL. Sé muchas proezas tuyas.

CÉSAR. Y te complacen?

SAL. Sí, son muy meritorias. La otra noche robaron á D. Carlos de Mina la espada de vaina cincelada y la casaca de piel de búfalo; pero como es caballero de la orden de Santiago, los bandidos no le robaron la capa.

CÉSAR. Por qué?

SAL. Por llevar bordado en ella el distintivo de la orden. ¿Qué te parece ese lance?

CÉSAR. Que vivimos en mala época: ¿qué vá á ser de nosotros si Santiago protege á los ladrones?

SAL. Pues tú ibas con ellos.

CÉSAR. Confieso que es verdad, pero ni siquiera toqué á D. Carlos; iba con ellos para darles consejos.

SAL. Mejor todavía. Anoche, cuando se escondió la luna, salieron de un in-mundo garito de la plaza Mayor unos cuantos perdidos, que atacaron á una patrulla; tambien ibas con ellos.

CÉSAR. Primo mio, siempre he desdenado batirme con alguaciles: estaba allí, pero nada más; mientras llovian estocadas me paseaba por bajo los arcos de la plaza componiendo versos.

SAL. Pues aun sé más.

CÉSAR. Veamos qué más sabes.

SAL. Se os acusa en Francia á tí y á tus compañeros de que os sublevais contra las leyes, de haber abierto sin llaves la caja de las gabelas.

CÉSAR. No digo que no... pero la Francia es enemiga nuestra.

SAL. En Flandes os encontrásteis con D. Pablo Bartolomé, que llevaba á Mons el producto de la venta de unos viñedos que habia cobrado por orden del noble Cabildo, y pusisteis la mano en los bienes del clero.

CÉSAR. En Flandes? Puede ser... Como he viajado tanto! Qué más sabes?

SAL. D. César, cuando pienso en tí, me ruborizo.

CÉSAR. Ruborízate.

SAL. Nuestra familia...

CÉSAR. No padece el nombre de nues-

tra familia; en Madrid tú solo sabes cómo me llamo. No me hables, pues, de la familia.

SAL. El otro dia, una marquesa, al salir del templo, me preguntó: ¿Quién es ese bandido que allá bajo se cuadra y mira de reojo, que vá más destrozado que Job y más soberbio que el duque de Braganza?

CÉSAR. (Mirándose el traje.) Y tú le habrás contestado que se llama Zafari.

SAL. No le contesté; el rubor me lo impidió.

CÉSAR. La dama se reiria: pues mira, es muy conveniente hacer reir á las mujeres.

SAL. Solo te tratas con espadachines infames.

CÉSAR. Con estudiantes y con gente alegre.

SAL. No te se vé más que entre mujeres perdidas.

CÉSAR. Con mujeres hermosas, que tú tratas mal y á las que yo celebro en mis versos.

SAL. Matalobos, el célebre ladrón de Galicia, que se burla de los que le persiguen y que llena de terror á Madrid, ¿es tambien amigo tuyo?

CÉSAR. Hablemos con formalidad si te place. Es menester que sepas que sin su amistad iria yo desnudo, y eso seria muy feo. Me vió casi en camisa en la calle en el mes de Diciembre, y se conmovió al verme en ese estado. La preciosa ropilla de seda que robaron al necio y perfumado conde de Alba hace un mes...

SAL. Qué?

CÉSAR. La tengo yo; me la regaló Matalobos.

SAL. La ropilla del conde! ¿No te avergüenzas de...?

CÉSAR. No puedo avergonzarme de vestir una ropilla buena y bordada, que me calienta en invierno y que puedo lucir en el verano.

Se desemboza y enseña una soberbia ropilla de raso, de color e rosa, bordada de oro.

Todavía los bolsillos están llenos de billetes amorosos dirigidos al conde. A veces, como soy pobre y enamorado y no tengo nada que comer, me acerco al respiradero de una cocina, y el vapor de lo que guisan se me sube á las narices; me siento allí y leo los billetes amorosos del conde, y engañando al mismo tiempo al estómago y al corazón, me entretengo olfateando el festin y el amor.

SAL. D. César...

CÉSAR. Primo mio, basta de reproches. Es verdad que soy un gran señor y

uno de tus más próximos parientes, que me llamo D. César y que soy conde de Garofa; pero la suerte me hizo ser loco de nacimiento. Fui rico, poseí palacios y vastas haciendas y fui espléndido con las hermosas; así es que al cumplir los veinte años me habia comido mis bienes, sin que me quedara de mi prosperidad más que un monton de acreedores, que corren tras de mí aullando y royéndome los zancajos. Puse piés en polvorosa, tomé otro nombre, y en la actualidad soy un pícaro de buen humor; me llamo Zafari, y tú solo sabes mi verdadero nombre. Como tú no me das dinero, yo tampoco te lo pido, y me paso sin él. Hace nueve años que mi cama es el duro suelo y mi techo el firmamento, y así me creo feliz. Todos se figuran que estoy en las Indias ó que he muerto y que me estoy abrasando en el infierno. Entretanto el agua clara de la fuente apaga mi sed, me paseo satisfecho, voy á ver mi antiguo palacio, que hoy es propiedad de Espínola, Nuncio de Su Santidad, y hasta doy mi opinion á los trabajadores que se ocupan en esculpir una figura de Baco encima de la puerta. — ¿Podrias prestarme diez escudos?

SAL. Tengo que hablarte.

CÉSAR. (Cruzando los brazos.) Veamos qué es lo que tienes que decirme.

SAL. Te hice subir para favorecerte. César, soy rico, no tengo hijos, soy tu pariente más viejo, y veo con sentimiento que vas á caer en un abismo, del que quiero librarte. A pesar de tus bravatas eres desgraciado. Quiero pagar tus deudas, hacerte recobrar los palacios, conseguir que vuelvas á vivir en la corte y que vuelvas á ser lo que fuiste. Quiero que muera Zafari y que nazca César; quiero que tomes dinero de mis arcas, porque es muy natural que cada uno favorezca á sus parientes.

Mientras D. SALUSTIO habla se vá retratando el asombro en la fisonomía de D. CÉSAR, y dice sonriendo:

CÉSAR. Siempre has sido diabólico, y es muy elocuente lo que me estás diciendo. Continúa.

SAL. Te daré todo esto con una sola condicion, que te explicaré. Entretanto toma esta bolsa.

CÉSAR. (Pesando la bolsa, que está llena de oro.) ¡Es un regalo magnífico!

SAL. Además te daré quinientos ducados.

CÉSAR. (Con asombro.) Marqués!

SAL. Los tendrás hoy mismo.

CÉSAR. Pues soy tuyo, cualquiera que sea la condicion que me impongas.

Dispón de mi espada, pues desde ahora me convierto en esclavo tuyo.

SAL. No, César, no; ni acepto tu espada, ni se trata de ella.

CÉSAR. Entonces de qué se trata? No puedo ofrecerte otra cosa.

SAL. (Acercándose y hablándole en voz baja.) Debes conocer á todos los pordioseros de Madrid.

CÉSAR. Me cabe ese honor.

SAL. Sé que siempre van detrás de tí un sinnúmero de ellos, y comprendo que en caso de necesidad podríais promover un motin, y quizás esto pueda servirme.

CÉSAR. (Riendo.) Parece que estés componiendo una comedia. ¿Qué papel me destinas en ella? Yo tengo mucha afición á los graciosos.

SAL. (Con gravedad.) Estoy hablando á D. César y no á Zafari. (Bajando la voz.) Escucha. Necesito, para conseguir un resultado sombrío, que alguno trabaje á mi lado en la oscuridad y me ayude á realizar un gran designio. No soy malo, pero hay casos y ocasiones en las que el hombre más delicado debe desechar los escrúpulos y obrar como le convenga. Serás rico, pero es menester que me ayudes silenciosamente á tender un lazo oculto con el brillo de un espejo, como hacen los cazadores de alondras: en una palabra, necesito desarrollar un plan ingenioso y terrible, un plan de venganza.

CÉSAR. Quieres vengarte?

SAL. Sí.

CÉSAR. De quién?

SAL. De una mujer.

CÉSAR. (Toma un ademán altivo y mira fijamente á D. SALUSTIO.) Basta; no pases adelante: voy á decirte mi opinion sobre lo que acabas de proponerme. El hombre que ciñe espada y emplea medios tortuosos y rastroseros para vengarse de una débil mujer; el hombre que nació caballero y obra como un infame, aunque sea noble y grande de España, no es á mis ojos más que un pícaro redomado, un pícaro cobarde, á quien quisiera ver colgado de la horca.

SAL. César!...

CÉSAR. No me ultrajes hablándome más de esto. (Arroja la bolsa á los piés de D. SALUSTIO.) Guarda tu oro y tu secreto. Comprendo que se robe, que se mate, que se asalte una cárcel en una noche oscura al frente de cien valientes decididos, porque en ese caso luchan hombres contra hombres, y el peligro es igual por ambas partes; pero destruir traidoramente á una

mujer, abrir á sus piés una trampa, abusar acaso de su honor y enredar á una inocente avecilla en pegajosa liga, eso no; y te juro que antes de llegar á tal indignidad y á tal vileza prefiero que me ahorquen.

SAL. César!...

CÉSAR. No necesito tus beneficios mientras en mi vida independiente encuentre agua en las fuentes, en los campos aire, en la ciudad un ladron que me vista y el olvido de mi antigua prosperidad y la sombra que hacen vuestros palacios para dormir las siestas en el verano. Adios, pues; Dios sabe quién obra mejor de los dos. Te dejo, D. Salustio, con la gente de la corte, que son tus semejantes, y me vuelvo á vivir con mis ganapanes; prefiero vivir con lobos á vivir con serpientes.

SAL. Espera, César...

CÉSAR. Abreviemos. Si quieres que me aguarde para llevarme á la cárcel, manda que me lleven pronto.

SAL. Te creia, César, más envilecido; te he probado y has salido victorioso de la prueba: quiero estrecharte la mano.

CÉSAR. Qué es lo que dices?

SAL. Que todo ha sido una pura broma que usé contigo para probarte.

CÉSAR. Luego esa mujer, ese plan y esa venganza...

SAL. No existen. Lo he imaginado todo.

CÉSAR. Me alegro. ¿Y la promesa de pagar mis deudas y los quinientos ducados tambien han sido imaginarios?

SAL. No; voy á entregarte esa cantidad.

Se dirige á la puerta del foro y hace seña á RUY BLAS para que entre.

CÉSAR. (Desde el proscenio y mirando de soslayo á D. SALUSTIO.) ¡Tiene cara de bribon y corazón de traidor!

SAL. (A RUY BLAS.) Quédate aquí. (A D. CÉSAR.) Vuelvo al instante.

Sale por la puerta de la izquierda; en cuanto desaparece, se acercan RUY BLAS y D. CÉSAR el uno al otro con viveza.

### ESCENA III.

D. CÉSAR y RUY BLAS.

CÉSAR. No me habia equivocado. Eres tú, Ruy Blas!

RUY. ¿Y tú, Zafari, á qué vienes á este palacio?

CÉSAR. Vengo de paso, pero ya me voy. Soy un pájaro y me gusta la liber-

tad. Pero tú qué haces con esa librea? Vas disfrazado?

RUY. (Con sentimiento.) No, no voy disfrazado.

CÉSAR. Qué dices?

RUY. Deja que estreche tu mano como en aquellos tiempos de alegría y de miseria, como en aquellos felices tiempos en los que no tenia dónde comer ni dónde acostarme, pero en los que era libre. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Entonces aun era hombre; ambos salíamos de la plebe, y nos parecíamos tanto, que todos nos creian hermanos; pasábamos los dias cantando juntos y las noches tendidos uno al lado de otro á campo raso, partiendo todo lo que teníamos, hasta que llegó la hora fatal de separarnos y cada uno se fué por su lado. Te encuentro despues de cuatro años, y veo que siempre eres el mismo, alegre como un niño y libre como un bohemio, siempre rico á pesar de ser pobre, porque careces de todo y nada deseas. Pero en mí ha habido gran mudanza. Era yo un pobre huérfano, que por compasion alimentaron en un colegio, llenándome de ciencia y de orgullo, en el que, en vez de dedicarme al trabajo, me llenaron de deseos ambiciosos. Bien lo sabes, porque cuando me conociste pudiste ver expresados mis deseos en versos insensatos. Yo oponia cien razones á tus burlas, y me dejé seducir por la ambicion. De qué sirve trabajar? me decia á mí mismo, caminando hácia un objeto invisible, que yo creia alcanzar, esperándolo todo de la fortuna. Sabes tambien que soy uno de aquellos ociosos que pasan un dia entero delante de un palacio observando cómo entran y salen las duquesas y las condesas, aunque con frecuencia no tenia para comprar pan; pero sumido en la miseria y la holgazanería, pasaba las horas muertas meditando sobre el destino de la humanidad, y compadeciendo la suerte de la triste España, me creia que podia ser el salvador de un mundo, y hé aquí el resultado que me han dado las meditaciones... ser lacayo.

CÉSAR. Sí, ya lo sé; el hambre es una puerta baja, y cuanto más alto es el que por ella ha de pasar, más tiene que encorvarse...; pero la fortuna tiene su flujo y su reflujo; no pierdas la esperanza.

RUY. (Moviendo la cabeza.) Sirvo al marqués de Finlas.

CÉSAR. Le conozco. ¿Vives acaso en este palacio?

RUY. Hasta esta mañana, hasta hace un momento, nunca habia pisado sus umbrales.

CÉSAR. De veras? Tu amo, sin embargo, para desempeñar su cargo vive aquí.

RUY. Sí, porque á cada momento le llama la corte. Pero tiene una habitacion desconocida, á la que nunca vá de dia; un secreto retiro, que está á cien pasos de este palacio, y allí vivo yo. Algunas veces el marqués vá allí por la noche y entra por una puerta secreta, de la que solo él tiene la llave; le acompañan hombres enmascarados. Hablan misteriosamente, se encierran y nadie sabe lo que pasa entre ellos. Hay en dicha casa dos negros mudos, para quienes soy el amo y que no saben siquiera cómo me llamo.

CÉSAR. Sí, allí es donde recibe á todos los alcaldes que son sus espías y desde allí dirige sus emboscadas. Es un hombre intrigante que lo maneja todo.

RUY. Ayer me dijo: Mañana, antes de amanecer, te encontrarás en palacio y entrarás por la verja dorada. En cuanto llegué aquí me hizo vestir esta librea: hoy es la primera vez que gasto este traje repugnante.

CÉSAR. (Estrechándole la mano.) No pierdas la esperanza.

RUY. Nada puedo esperar! No sabes aun todo lo que me sucede. Vestir este traje deshonoroso, haber perdido la alegría y el orgullo, no es nada en comparacion de lo que vas á oír. Escúchame. No me pesa la esclavitud á que estoy condenado, porque siento dentro del pecho que una hidra con dientes de llama me muerde el corazón... Si mi exterior te asusta, qué seria si me vieras por dentro!

CÉSAR. Qué quieres decir?

RUY. Inventa, imagina, piensa en tu fantasía lo más extraño, lo más insensato y lo más desconocido; figúrate que te deslumbre una fatalidad, compón un veneno activo, cava un abismo más sordo que la locura y más negro que el crimen, y todavia no tendrás una idea de lo que es mi secreto. No lo adivinas? Quién lo ha de adivinar! Ciega el abismo á donde mi destino me arrastra: estoy enamorado de la reina.

CÉSAR. Qué oigo!

RUY. Bajo el dosel que adorna un globo imperial se sienta en el Escorial, en Aranjuez ó en este mismo palacio, un hombre que apenas se vé desde el suelo, cuyo nombre se pronuncia con terror; para el que, como para Dios, todos los hombres son iguales; al que se